

La integralidad de la formación

Introducción

En este punto se hace necesario **un correctivo** porque desafortunadamente en la formación sacerdotal han existido con frecuencia lamentables desequilibrios que han tenido graves consecuencias. Si a esto añadimos que los desequilibrios también están presentes en la educación y en las culturas, resulta que una formación inadecuada enlaza con una serie de vicios aprendidos desde la infancia. El resultado es nefasto porque se afirman convicciones contrarias a la integridad de la persona.

Dos ejemplos pueden ilustrar esta severa afirmación.

El primero se refiere a la sobrevaloración del coeficiente intelectual hecha en detrimento de la gestión emocional de la persona. El resultado es que el seminarista que demuestra superficialmente tener cierta capacidad para los estudios va pasando automáticamente las etapas formativas sin un verdadero discernimiento; ese mismo seminarista tan valorado por su capacidad intelectual se va haciendo un analfabeta emocional, porque se habituó a ocultar o a negar su mundo afectivo, que ha sido juzgado como propio de personas inmaduras, infantiles o afeminadas.

El segundo también está relacionado con la dimensión intelectual, que se afirma en detrimento del cuidado de la salud. Lo importante es obtener buenas calificaciones, el deporte, el descanso y la alimentación pasan a un tercer plano. En este clima formativo, el cuidado de la salud aparece como algo optativo; al que cuida de su salud se le acusa inmediatamente de que hace “culto al cuerpo”, justificando la actitud indolente de quienes descuidan su salud. El resultado es un Sacerdote sedentario y holgazán, incapaz de ponerse en actividad y proclive a una serie de enfermedades que podemos caracterizar como “clericales” por la frecuencia con que se repiten entre los clérigos.

Se podrían poner muchos otros ejemplos, pero basta con estos para poner en evidencia que es **urgente** que la formación integral se implemente en la formación sacerdotal. En esta línea va la *Ratio Fundamentalis Institutinis Sacerdotalis*. Vamos a aproximarnos al tema en base a graduales aproximaciones.

Primera aproximación: las dimensiones de la persona.

La formación integral promueve el **crecimiento equilibrado** de todas las dimensiones de la persona. Quiero insistir en que se trata de dimensiones que pertenecen a la persona, frente a una mentalidad que ve en la formación integral una imposición autoritaria o educativa. Por esto considero que conviene cambiar el lenguaje, pasando del término “áreas de formación” al término “dimensiones de la persona”.

Dos posibles interpretaciones de la terminología “áreas de formación”.

- Se puede pensar en aspectos **independientes y yuxtapuestos** entre sí. De hecho, es fácil que los seminaristas los vivan así, sin percibir con suficiente claridad que todos estos aspectos están siempre presentes y son siempre significativos. Por ejemplo, hay un estilo de dirección espiritual que pretende aislar los aspectos espirituales, lo cual no solo es imposible, sino que puede resultar contraproducente para el seminarista. Sería absurdo que un formador piense que a él corresponde sólo el área espiritual o el área humana o el área intelectual... pero mucho peor que el seminarista esté convencido de que con este formador sólo tiene que tratar aspectos espirituales, humanos o intelectuales. Este tipo de formación tiende a dividir a la persona, con fatales consecuencias. Entre ellas, autorizaría esa actitud adolescente del que en tiempo de exámenes ni hace oración, ni hace deporte, ni trabaja en la limpieza del seminario porque está muy ocupado estudiando. Siempre me he preguntado: ¿por qué en ciertos seminarios se da un excesivo tiempo para los exámenes, rompiendo con las demás actividades formativas?
- Una segunda interpretación es **agobiante**. Percibiendo las áreas de formación desde la subjetividad, la situación del seminarista puede ser la del que siente como una carga el cuidado de tantos aspectos. Lo siente así porque percibe que se le piden esfuerzos que no están relacionados entre sí: debe cubrir una serie de aspectos que antes no se le exigían porque se ha puesto de moda este tema de las áreas

formativas. Salta de una actividad a otra sin relacionarlas entre sí, agobiándose con un peso excesivo. Más que una estructura que le hace crecer se trata de una serie de actividades con las que debe cumplir. No es raro que, apenas recibida la ordenación, abandone varias de estas áreas formativas.

Si nos situamos en la terminología “dimensiones de la persona”, la perspectiva cambia radicalmente. Se trata de aspectos que están ya presentes en el seminarista, en los que no parte de cero, porque ha vivido con ellos toda su vida, de los que necesita tomar conciencia y debe desarrollar armónicamente. Este punto de vista tiene consecuencias significativas tanto para los formadores como para el seminarista:

Los formadores saben que su intervención debe ser **integral**, sin nunca aislar un aspecto, sino que deben acompañar a la persona del seminarista. Por ejemplo, el director espiritual, también debe tocar aspectos humanos, intelectuales, pastorales e incluso disciplinares, es decir, todo lo que afecte al seminarista. Tanto el rector como los formadores deben incluir los aspectos espirituales, aunque no confiesen a los seminaristas. El psicólogo, debe ser consciente de que acompaña a un seminarista que tiene una serie de valores espirituales y se encuentra en una etapa de formación. El responsable de la actividad pastoral necesita tener en cuenta todo el proceso formativo del seminarista. Los documentos del Magisterio que proponen las dimensiones formativas nunca tuvieron la pretensión de dividir a la persona o de seccionar la formación.

El seminarista adquirirá la capacidad de **vincular las distintas dimensiones** de su personalidad, experimentando los efectos de un desarrollo equilibrado y armónico. Dará la importancia que le corresponde a cada una de las dimensiones, relacionándola dinámicamente con elementos aprendidos en las demás. Por ejemplo, descubrirá los efectos del cuidado de la salud en su vida espiritual, en su capacidad de concentración y de trabajo. Vinculará los contenidos de ciertas materias de estudio con su propio desarrollo, por ejemplo, la psicología, la antropología filosófica o la sagrada escritura, dando al estudio un contenido vital que es fundamental. El seminarista que se sitúa en esta perspectiva tendrá mayor facilidad para la elaboración de su proyecto de vida y desarrollará la capacidad de auto evaluarse, dependiendo cada vez menos de la opinión de los formadores. Esto significa que será más autónomo.

Si las dimensiones de la persona no se contraponen ni se yuxtaponen, **entonces se integran entre sí**, y lo hacen cada una según su propia naturaleza. Vamos a especificar el modo de esta integración para que quede más claro:

La **dimensión espiritual** constituye el eje central en torno al cual gira todo el proceso formativo. Efectivamente, la formación sacerdotal implica propiamente un camino espiritual que es claramente señalado por la nueva nomenclatura que propone la *Ratio Fundamental*: una etapa propedéutica, una etapa disciplinar, una etapa configurada y una etapa de síntesis vocacional. Se están enfocando objetivos en torno al seguimiento de Cristo y la preparación para las órdenes, tendiendo a concentrar la atención del seminarista, y de los formadores, en la finalidad espiritual. Los nombres precedentes: etapa filosófica y etapa teológica tendían a privilegiar la dimensión intelectual, dejando de lado el objetivo espiritual. No es extraño que en este esquema el director espiritual fuese considerado como un auxiliar de segunda categoría, frente a la función del rector y los formadores. Poner la dimensión espiritual como eje formativo exige que los formadores aparezcan todos como sacerdotes y testigos de la fe, particularmente los responsables de la disciplina, los profesores y los administradores. Pero sobre todo reconoce el lugar central de la dirección espiritual, que debe ser sistemática y rigurosa. Este punto de vista también resitúa la figura del director espiritual, reconociéndolo como un miembro importante del equipo formador.

La **dimensión humana** aparece como “fundamento necesario” de todo el proceso formativo (cf. PDV, 43). Decir que es fundamento implica que sobre él se construye todo el edificio de la formación, incluida la vida espiritual. Se trata de un fundamento amplio, que combina aspectos personales y aspectos comunitarios. Entre los personales se pueden destacar, el cuidado de la salud física y psíquica, la maduración personal, con especial cuidado de la afectividad y la sexualidad, el adecuado uso del internet, la vinculación con la obra de la creación, el desarrollo de la responsabilidad personal y en general de los valores naturales. Entre los aspectos comunitarios está la capacidad de convivir con los demás estableciendo relaciones positivas y constructivas con toda clase de personas, el desarrollo de los valores cívicos y de la sensibilidad social, también exige una mayor integración de las relaciones virtuales y las relaciones personales en el uso de las redes sociales. Poner como base la dimensión humana implica un reconocimiento de la importancia

de los aspectos humanos en la formación, reivindica el papel de los profesionales que pueden acompañar a los seminaristas: médicos, psicólogos, sociólogos, preparadores físicos, etc. También exige que los formadores se sitúen proactivamente en lo que se refiere a los valores humanos, dando testimonio no solo de la fe, sino de un equilibrio humano sin el que no podríamos imaginar a Jesús. El seminarista que reconoce el carácter fundamental de la dimensión humana permanecerá atento para garantizar que su personalidad “sirva de puente y no de obstáculo a los demás en el encuentro con Jesucristo Redentor” (PDV, 43).

El **ensamble** de la dimensión espiritual y la dimensión humana constituye la estructura fundamental de la personalidad del seminarista y después del sacerdote. Esto no quiere decir que las otras dimensiones carezcan de importancia, porque tanto la intelectual como la pastoral ofrecen solidez al conjunto. Pero queda claro que en la vida y el ministerio sacerdotal son fundamentales tanto los valores que el hombre acepta como buenos para sí (espiritualidad) como la solidez del hombre que recibe esos valores y los encarna de un modo único e irrepetible.

Este es un argumento extra para orientar el acompañamiento de cada uno de los formadores al conjunto de la persona y no a un sector aislado (áreas); efectivamente, tarea tanto del director espiritual como del formador será verificar continuamente el ensamble de los valores evangélicos y sacerdotales con las características humanas de la personalidad del seminarista. Conviene recordar que estamos en un proceso de revisión y afianzamiento de la identidad, o si se quiere expresar de otro modo, de construcción de la personalidad sacerdotal. Lo más importante no es que el seminarista reporte a cada formador en su “área” de trabajo, sino el modo como los contenidos de esa dimensión se pone en práctica en esta personalidad. Por otro lado, surge la exigencia de que los mismos formadores posean suficientemente un buen ensamble de la propia personalidad.

Por su parte, el seminarista será consciente de la centralidad de estas dos dimensiones, de modo que sepa aprovechar los datos provenientes tanto del estudio como de la actividad apostólica para afianzar el ensamble de ambas. Consecuentemente adquirirá la habilidad para conocer el grado de fortaleza de su estructura fundamental y de reportarlo a sus formadores.

Vamos ahora a poner atención a otras dos dimensiones de la personalidad del seminarista que entran en juego: la intelectual y la pastoral:

La **dimensión intelectual** ofrece al conjunto elementos importantes de comprensión. Si un gran defecto del paradigma formativo anterior ha sido sobrevalorar el coeficiente intelectual en detrimento de la madurez emocional, también hay que afirmar con claridad que los elementos de comprensión son absolutamente necesarios para conseguir un verdadero proceso de maduración de la persona. Algunos ejemplos pueden ser útiles:

El estudio de la **psicología básica**, por decir algunos contenidos: del desarrollo y dinamismo de la personalidad, de las necesidades psíquicas, de los mecanismos de defensa, de la gestión de las emociones... representa una pieza clave en la maduración psico-espiritual de la personalidad del seminarista. De donde es un error que el estudio de la psicología se minusvalore, a veces al grado de considerarla un apéndice incómodo o una materia de relleno.

El estudio de la **antropología teológica** es un elemento de capital importancia para la comprensión del hombre como ser en desarrollo y ser en relación, que pondrá al seminarista en la tesitura de revisarse a sí mismo y de perfilar mejor sus relaciones con los demás, piezas necesarias tanto de la vida espiritual como de la vida sacerdotal.

El estudio sistemático de la **Sagrada Escritura** es totalmente necesario para que el seminarista consiga una aproximación crítica a la Palabra de Dios, que nutrirá adecuadamente su vida espiritual y estará como fundamento de cualquier método de oración. ¿Cómo instalar la Palabra de Dios en el corazón del creyente si es desconocida o resulta extraña para él?

La **dimensión pastoral** aporta al conjunto el sentido de finalidad, es decir, pone en el horizonte existencial del seminarista el “para qué” de todos los medios de formación. Nuevamente podemos referirnos al viejo paradigma de la sobrevaloración del coeficiente intelectual, ahora planteada en detrimento de las habilidades prácticas, paradigma que se revela insostenible porque en los aspectos importantes de la vida,

como por ejemplo la fidelidad al celibato o la perseverancia en el servicio, son cruciales las habilidades emocionales y prácticas, y no tanto la capacidad especulativa. Hay sin duda una inteligencia de otro tipo que es más útil a la hora de la aplicación práctica. Además, el apostolado como fin de toda la formación se convierte en la mejor motivación no solo para aplicarse a los estudios, sino para el aprovechamiento de todos los medios formativos. Algunos ejemplos pueden ayudar:

Una **experiencia suficientemente amplia** del apostolado de la Iglesia propiciará sin duda una percepción más amplia del sentido y valor del ministerio sacerdotal. Si las prácticas pastorales del seminarista se reducen a ejercer funciones litúrgicas y preparar niños para la primera comunión, éste tenderá a concebir el ministerio sacerdotal de manera reductiva, como mera acción litúrgica y preparación de niños. Pero si el seminarista, a través de una buena programación de la actividad pastoral, experimenta campos como la pastoral juvenil, la pastoral social, la pastoral educativa, la pastoral de los enfermos, el cuidado de los pobres, la pastoral familiar, la pastoral vocacional, su percepción del ministerio sacerdotal será mucho más amplia.

La **colaboración pastoral** con los laicos y religiosos en el apostolado facilitará que el seminarista adquiera un justo sentido del apostolado del sacerdote, respetando y promoviendo la responsabilidad de otros agentes pastorales. Aprenderá a pasar a un segundo plano, gozándose en el protagonismo de otras personas y en su aprendizaje del apostolado. Pero si, por el contrario, el seminarista no sale de roles protagónicos, tenderá a colocarse en un plano de superioridad, haciéndose cada vez más insensible a la participación de los laicos y religiosos, porque no ha aprendido de ellos a realizar el apostolado. ¿Cómo podrá superar el clericalismo si ha sido sistemáticamente preparado para ponerlo en práctica? ¿Cómo vivirá la sinodalidad si no tiene prácticamente ninguna sintonía con el pueblo santo de Dios e ignora el gozo de ser pueblo?

La **pastoral juvenil** suele aportar una experiencia significativa a los seminaristas. Un primer elemento es la disposición a participar como uno más en el grupo juvenil, abandonando cualquier pretensión de ponerse en el centro... un buen antídoto contra la autorreferencialidad. Es interesante el uso del lenguaje juvenil, que exige una mezcla de sencillez, autenticidad y profetismo, juntamente con el trabajo en equipo, que normalmente se da entre los jóvenes. El seminarista que ha tenido una presencia con jóvenes descubrirá con mayor facilidad el valor de la presencia y el acompañamiento en éste y otros ámbitos del apostolado, como pueden ser los movimientos eclesiales. Una buena inserción en la pastoral juvenil provocará sin duda un esfuerzo especial para preparar los contenidos.

Me complace añadir una quinta dimensión, que de alguna manera las engloba todas: la **dimensión del proyecto**. Se sitúa en la perspectiva evaluativa de la aplicación del seminarista a los contenidos y propuestas de la formación, así como a la proyección del yo integral hacia el futuro. Existe todo un proceso de aprendizaje de la metodología del proyecto personal a lo largo del proceso formativo que ahora no podemos desarrollar. Basta con indicar que el solo hecho de evaluar y programar representa para el seminarista un precioso campo de aprendizaje. Ser consciente del propio proyecto dispone al seminarista para una mayor apertura a los formadores y también para una mayor disposición a la gracia.

El punto más importante es la consideración de la integralidad como exigencia formativa de la persona. Tanto los formadores como los seminaristas necesitan situarse en esta perspectiva, desde la cual todas las actividades formativas requieren una justificación, es decir, una conexión válida con el desarrollo integral de la persona. No valen actividades que se realizan simplemente por tradición, o porque la autoridad lo impone. Aún más, es necesario que esta conexión sea “sentida” tanto por los formadores como por los seminaristas, de modo que exista un suficiente grado de convicción al realizarla.

Segunda aproximación: Las conexiones integradoras.

Vamos ahora a dar un segundo paso en la comprensión de la integralidad intentando especificar algunas conexiones que ayudan a la integración de la persona en la práctica.

Una conexión básica es la **conexión con la naturaleza**, el contacto con la tierra, las plantas, el paisaje, los animales tiene un valor profundo porque produce un profundo sentido de pertenencia a la obra de la creación. Si a esta conexión fundamental se añade una sistemática y oportuna **desconexión virtual**, aún

mejor. El seminario, con su largo proceso formativo, puede ofrecer a cada seminarista una experiencia de recuperación de la sensibilidad básica del hombre que ha sido situado por Dios en medio del mundo para que interactuara con él. Cuanto más ayude la formación a salir de los ámbitos artificiales y a insertarse en los ámbitos naturales tanto más estará recuperando el valor de la persona. Este punto es particularmente significativo en el momento presente, en el que sabemos que un alto porcentaje de los adolescentes son víctimas del mal uso de las redes sociales y la pornografía. La recuperación de la sensibilidad en torno a la naturaleza es una base significativa para la contemplación.

Como parte de la anterior, está la conexión con **el propio cuerpo** que se da a través del cuidado de la salud, con sus pilares: el deporte, el descanso, la alimentación, la higiene. Una sana relación con la propia corporalidad constituye la base no solo del bienestar personal, sino también para la oración, el estudio, el apostolado, las relaciones humanas, es decir, las actividades que llenan el tiempo de los seminaristas. Hay una conexión importante entre salud corporal y autoestima.

La conexión **mente-emoción**. Es lo que se conoce como inteligencia emocional o, si se quiere, emoción inteligente. Es la conexión que establece un diálogo entre la inteligencia y las emociones, de modo que transforma los conocimientos en convicciones y las emociones en sentimientos. Esta conexión produce una serie de competencias emocionales que son muy significativas para la fidelidad y la perseverancia. La conexión mente-emoción es un precioso camino de autoconocimiento, maduración personal y empatía con los demás. Cuando el seminarista se vincula emocionalmente con el objeto de los estudios es más capaz de expresar el propio pensamiento, porque lo hará con fuerza de convicción. Hay que notar lo importante que puede llegar a ser esta disposición para actividades como la catequesis o la predicación, así como para las relaciones humanas.

La vinculación entre **la afectividad y la oración**. Los maestros espirituales insisten en la importancia de este vínculo, porque la oración es sobre todo una relación amorosa. San Ignacio propone varias veces al ejercitante que “se afecte” en el coloquio con el Señor. No basta con que los seminaristas aprendan a hacer oración mental. Este es un primer paso. Para ello es útil la distinción ignaciana: *usamos de los actos del entendimiento discurriendo y de los de la voluntad ejercitando el afecto, advirtamos que en los actos de la voluntad, cuando hablamos vocal o mentalmente con Dios nuestro Señor o con sus santos, se requiere de nuestra parte mayor reverencia que cuando usamos del entendimiento entendiendo* [EE, 3]. Hay así dos calidades de oración, y la más significativa está profundamente vinculada a la emoción.

La conexión **reflexión-comunicación**. Me refiero a un ejercicio intelectual que hacemos continuamente en el ministerio sacerdotal. No es lo mismo para un seminarista preparar el trabajo final de una etapa formativa que exponerlo ante jóvenes universitarios de su edad. En el primer caso, bastará cierta coherencia lógica de los argumentos, pero en el segundo caso será necesario defender un punto de vista con valentía y fuerza de convicción. Esta capacidad conectiva entre reflexión y comunicación ocurrirá diariamente en el ministerio sacerdotal a través de la homilía, donde no se trata solo de decir un argumento bien dicho, sino de mover a los oyentes a la conversión. Por esta desconexión se puede explicar en buena medida el triste fenómeno de las homilías aburridas e irrelevantes, tan frecuente entre los sacerdotes.

Podríamos continuar describiendo conexiones integradoras, aunque realmente cada seminarista las pondrá en práctica a su modo. Lo importante es fomentar este tipo de conexiones que unifican las potencias de la persona en torno a un fin. Al establecer estas conexiones, la referencia a los valores es esencial. Toda la persona gira en torno a los valores que ha aceptado como buenos para sí... y de este modo tornamos al argumento inicial: la vida espiritual es el eje en torno al cual gira el proceso formativo del seminarista.

Conclusión

Como hemos podido ver, la integralidad es algo más que la sola definición de “áreas de formación” o que encargar a unos formadores de cada una de ellas. Un auténtico cuidado de la integralidad se traduce en la actitud del formador que percibe y observa con alegría los rasgos de integralidad que van surgiendo en el seminarista y tiene la audacia de aprender de él y ofrecerle la retroalimentación de lo que va consiguiendo. He insistido en que la integralidad se da en cada persona de un modo particular, por ello será una realidad inédita, digna de ser contemplada y reconocida.